

ROTO EL PROTOCOLO, FRANCO FUE MATERIALMENTE RODEADO POR LOS ALFERECES PROVISIONALES

"Sus hogares son, mi General---dijo el ministro del Ejército---, Salas de Banderas donde se rinde culto al honor de España"

Con motivo de las bodas de plata de todas sus promociones, y en el IV aniversario de la fundación de la Hermandad Nacional, quince mil alférez provisionales, procedentes de toda España, se concentraron el domingo, a las once de la mañana, en la explanada aldeaña al histórico Cerro de Garabitas, de la Casa de Campo, para rendir homenaje al Jefe del Estado.

En el centro del cerro, se había alzado una espaciosa tribuna-altar, severamente adornada, frente a la cual estaba la zona

destinada a la concentración, ocupada por muchedumbre de alféres provisionales; muchos de ellos acompañados de sus hijos mayores de catorce años, a quienes se les ha dado acceso a la Hermandad para mantener en la nueva generación el espíritu que ha inmortalizado a la actual.

Próximo al lugar de la concentración fueron colocados un hospital móvil de la Cruz Roja completo y tiendas de campaña de la benemérita institución, con su correspondiente personal sanitario. También se hallaba dentro de la zona acotada un equipo móvil de T. V. E. y una red de altavoces instalada por fuerzas de Transmisiones del Ejército.

LA CONCENTRACION

Por expreso deseo de la Hermandad Nacional, todos los detalles de la organización del acto recayeron en la provincial de Madrid, que preside el Sr. Orozco Massieu. Colaboraciones impagablemente entusiastas coadyuvaron al buen éxito de la concentración. Servicios de la Policía Urbana de Tráfico, en los lugares clave próximos a la Casa de Campo y dentro de ella en los caminos que conducían al Cerro de Garabitas, encauzaron la circulación de los millares de vehículos (motos, coches ligeros, autocares) en que los alféres provisionales llegaron al lugar en que debían concentrarse. Desde las ocho de la mañana hasta las once, un servicio de autobuses, dispuesto por la Hermandad, trasladó desde la plaza de España a cuantos carecían de medios propios de locomoción. Oficinas de información, estratégicamente situadas en la Casa de Campo, atendieron a los concentrados para resolverles cualquier duda o dificultad.

A las once y media en punto quedó cerrado el acceso a la zona. En el recinto, frente a la tribuna-altar, en pie, estaban los alféres con sus guiones provinciales.

LLEGADA DEL JEFE DEL ESTADO

Entre once y media y doce menos cuarto fueron llegando al lugar dispuesto para la recepción del Caudillo los ministros de la Gobernación, general D. Camilo Alonso Vega; de Hacienda, D. Mariano Navarro Rubio; de Agricultura, D. Cirilo Cánovas; subsecretario de la Presidencia, don Luis Carrero Blanco; de Obras Públicas, general D. Jorge Vigón; del Aire, general D. José Rodríguez y Díaz de Lecea, y secretario general del Movimiento, D. José Solís; capitán general Muñoz Grandes; teniente general D. Rafael García Valiño, capitán general de la I Región Militar; gobernador militar, general Roldán; director general de la Guardia Civil, general Alcubilla; general Rodrigo; director de la Escuela Superior del Ejército, general Ríos Capapé; presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, general Gutiérrez de Soto; marqués de Casa Cervera, jefe de la Jurisdicción Central de Marina, así como otros muchos generales y jefes y el gobernador civil de Madrid, Sr. Aramburu.

A las doce en punto, un toque de atención señaló la llegada del Jefe del Estado, quien fue recibido por la compañía de honores del batallón del Ministerio del Ejército, con bandera y banda de música. Acompañado

pañaban al Generalísimo, que vestía uniforme de capitán general, el ministro del Ejército, teniente general Barroso, y los jefes de sus Casas Militar y Civil, teniente general Asensio y conde de Casa de Loja, y el segundo jefe de la Casa Civil y jefe de los Servicios de Intendencia, D. Fernando Fuertes de Villavicencio.

El Caudillo, después de saludar a las personalidades que le esperaban y pasar revista a las fuerzas en compañía del capitán general de la Región, se dirigió al lugar de la concentración. Alineados, partiendo del guión de la Hermandad Nacional, que portaba el laureado comandante Alamán, se hallaban las directivas de aquélla y de la Provincial, con sus presidentes, Sres. Rubio Tardío y Orozco Massieu, respectivamente, a quienes, así como al resto de los directivos, el Jefe del Estado estrechó la mano.

Advertida la presencia de Franco por los alféreces comenzaron a vitorearle con enorme entusiasmo, y pese a los esfuerzos realizados por los provisionales encargados de mantener abierto el camino entre el portillo de acceso y la tribuna, el Generalísimo se vio envuelto y rodeado por los "estampillados" hasta la tribuna. El Jefe del Estado y sus ministros se situaron al lado del Evangelio, y en el de la Epístola los directivos de la Hermandad e invitados de honor. A continuación, en medio de un silencio impresionante, comenzó la Santa Misa.

Ofició el Dr. Castán, capellán mayor de la Hermandad y obispo auxiliar de Tarragona, ayudado por dos capellanes, alféreces provisionales también como el prelado. La escuadra de gastadores de la compañía de honores escoltó a la bandera (que situó frente al altar) y dio guardia durante la ceremonia religiosa. La banda de música interpretó composiciones religiosas y el Himno Nacional en el momento de la Elevación.

OFRECIMIENTO DEL ACTO

Al terminar la misa, bendecido el banderín de la Hermandad y retirada la bandera con su escolta, comenzó su discurso D. Pedro Rubio Tardío, presidente de la Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales, quien hizo al Caudillo el ofrecimiento del acto. Con emocionadas palabras, que tuvieron entusiasta interrupción en varios pasajes, precisamente en aquellos en que recordó a los "jefes que nos supieron mandar—dijo—y por eso supimos obedecer y mandar para que otros nos obedecieran", y cuando aludió a los "años de decadencia que culminaron en la República, negativa máxima de todos los valores esenciales de España". Se refirió a la reserva de la juventud auténtica, que supo acudir "a la llamada de lo mejor del Ejército, vigilante permanente y defensor máximo de las esencias espirituales de la Patria, que siempre actuó en los momentos precisos para salvarla del "caos". Se refirió también a la "unidad de las letras y las armas" y concretó la misión del alférez provisional, espécimen de la juventud universitaria, como "escalón intermedio entre los jefes gloriosos y los soldados españoles que supieron serlo y porque lo fueron, triunfaron. Después, exaltando el espíritu del 18 de julio, "constante de nuestra historia, de nuestro celo y de nuestra fe", concretó el homenaje al Caudillo diciendo: "Estos alféreces que veis son los supervivientes que seguirán sirviendo a España; los que murieron—afirmó—, ganaron su reposo, no el nuestro. Y hemos de seguir en la lucha de cada día por la pervivencia de España en las esencias que vos, Caudillo, le disteis y nos disteis, porque la Hermandad no es un grupo político ni quiere serlo. Somos, eso sí, los enlaces entre ayer

y mañana, y estad seguro que lo conseguído no nos lo arrebatará nadie."

Por último, el presidente nacional dio cuenta al Caudillo del acuerdo de entregarle el carnet número 1 de la Hermandad como primer alférez provisional de España, que el Sr. Rubio Tardío puso en manos de Franco en medio de una ovación.

Discurso del ministro del Ejército

A continuación pronunció su discurso el teniente general Barroso, ministro del Ejército, en el que, muy expresiva y emocionadamente, exaltó ante el Generalísimo el espíritu que anima a los alféreces provisionales, "nexo, mi general—dijo—entre el pasado y el porvenir. He visitado—afirmó—sus Hogares provinciales, y puedo afirmaros que son auténticas Salas de Banderas donde se vive entero y cabalmente el espíritu de aquellas en las que, como sabéis, se rinde culto permanentemente al honor propio, al honor de España y a su gloria". Y añadió: "Oíais proclamar que aquella juventud de 1936, que hoy os rodea en su madurez, acudió fogosamente a la llamada del Ejército capitaneado por Vuestra Excelencia. De un Ejército fiel como siempre a los valores permanentes del ser nacional, y en aquella ocasión mandatarios de todos los buenos españoles que dijeron ¡basta ya! al desorden, la injusticia y la complicidad de los claudicantes Gobiernos de la República. Acudió aquella juventud noble y esperanzada, y en seguida tuvo la honra y la responsabilidad de cubrir bajas en nuestros cuadros permanentes y de constituir la mayor parte de los intermedios, ensalzando a los mandos profesionales de las Fuerzas Armadas, custodios permanentes del honor y del patriotismo más puro y más interesado, con la masa sana del pueblo español, del soldado nacional, formando todos un sólido bloque militar, que con certera conciencia de su deber plantó cara a la poderosa maquinación extranjera.

LOS HEROES MODESTOS

Yo quiero desde aquí, ante los que lo mandaron, dedicar un recuerdo a los héroes modestos, ante los que nos inclinamos llenos de emoción quienes sabemos cuánto les debe la Patria. Pero nadie mejor que vos, mi General, sabe de las horas gloriosas y a veces inciertas en que bajo vuestra providencial Capitanía se jugaba a pecho descubierto en los campos de batalla el ser o no ser de España. Y sabéis de los heroísmos de los militares españoles, de los alféreces provisionales, de los beneméritos suboficiales y de los oscuros soldados en la terrible lucha en la que alcanzarían imperecedera gloria. Y sabéis también de los ejemplos heroicos y las actitudes dignas de quienes, sometidos a sañuda persecución en zona roja, hombres y benditas mujeres de España mantenían viva la esperanza de la victoria nacional en cárceles y checas o se jugaban la vida en medio del enemigo cada minuto del día y de la noche. Y sabéis muy bien de la fe y del trabajo de quienes no podían empuñar un arma; y del valor de la mujer española, que Dios sabe cómo podía encontrar la palabra de aliento y estímulo para los seres queridos en los momentos difíciles, extrayéndola de su angustia y sufrimiento.

Lo sabéis, mi General, y nosotros también lo sabemos. Sabemos además que los heroísmos, las esperanzas, la fe y el tesón por la victoria fueron amparados por Dios desde el cielo, cuya ayuda bien clara se manifestó, e inspirada por Vos en la tierra. Por eso, esta Hermandad de Alféreces Provisionales, de tan exquisita sensibilidad, de tan recio espíritu católico y de tan acendrado patriotismo, se ha congregado hoy aquí para reafirmar su voluntad de seguir labrando la España que todos soñamos, rezar una misa dando gracias al Señor y renovar su adhesión y

GARABITAS, EN LA TV. E.

Televisión Española, con las tres cámaras de su equipo móvil desplazado a Garabitas retransmitió el domingo, en directo, la concentración de alféreces provisionales, que presidió el Jefe del Estado, cuyo discurso fue transmitido por Radio Nacional en su diario hablado de las dos y media de la tarde. La TV. E. permitió a millones de españoles presenciar la histórica conmemoración, reproducida en imágenes y en sonido con impecable claridad y con toda su emocionante multiplicidad de escenas.

lealtad a Francisco Franco, nuestro Capitán de la guerra y de la paz.

Han pasado ya más de veinticinco años desde aquellas inolvidables jornadas, y muchos españoles quedaron en el camino,

abatidos por la furia enemiga o por el discurrir del tiempo, que no perdona. Para ellos, el descanso y nuestra devoción. Los que quedamos—vednos aquí—llevamos en nuestro rostro y en nuestro cuerpo la marca inexorable de los años. Pero ¡oidlo bien todos!, nadie confunda nuestras canas y nuestras arrugas como signo de decadencia. Nuestro espíritu, que es lo que cuenta, permanece, como siempre, pleno de vigor y lozanía, y así permanecerá hasta nuestro eterno descanso.

Si algún día—añadió el ministro—fuera necesario ponerlo otra vez a dura prueba volveríais a oír el grito entusiasta de servicio de los Ejércitos, de sus alféreces provisionales, de los ex combatientes de entonces, que ya visteis desfilar emocionados ante vos el año pasado tras los Ejércitos. Y también oiríais ese mismo grito de las nuevas generaciones que suceden a los alféreces provisionales en los campamentos de milicias y de las que en todo el ámbito

nacional saben lo que deben a Franco y al régimen que instauró sin más que mirar al atormentado mundo que nos rodea. Oiríais, en suma, a todos los buenos españoles decir: ¡Aquí estamos, mi General, a vuestras órdenes! Aquí estamos, y por nada ni por nadie dejaremos extinguir el espíritu del 18 de julio, que puso a España para siempre en el camino de su salvación. ¿Que todavía queda mucho camino por andar? Naturalmente. ¿Que aún no se ha conseguido borrar totalmente los egoísmos? Cierto. ¿Que nuestra España ideal es una meta a alcanzar? Cierto también. Pero nadie podrá negar que estamos mucho más cerca de ella y que no hemos dejado de avanzar en ningún momento, dando gigantescos pasos, largo tiempo sin ayuda de nadie y siempre rodeados de enemigos que desde fuera nos atacan con saña.

CANTOS DE SIRENA

Yo, modesto ministro, sin otros méritos que un profundo amor a la Patria, diría a quienes escuchan los cantos de sirena de esos habituales enemigos de España que no se dejen engañar; que miren hacia atrás para comparar y hacia adelante para seguir marchando; que no se dejen ilusionar por quienes les pintan paraísos inalcanzables; que piensen en el progreso real de la nación en todos los órdenes en sólo veinticinco años de gobierno honesto, que no buscó deslumbrar, sino realizar. Y diría también a los leales y a los hombres de fe que cuanto mayores sean los obstáculos que nos opongan mayor será nuestro espíritu de lucha para no retroceder ni un paso en los propósitos del 18 de julio.

Permitidme ahora que, en nombre propio y en el de mis compañeros los ministros de Marina y Aire, y también de los restantes aquí presentes, exprese públicamente nuestra gran satisfacción al ver realizada la vinculación en las Fuerzas Armadas de los antiguos alféreces provisionales. Siempre con nosotros en espíritu, tras haber cumplido brillantemente su misión en la guerra, constituyeron hace cuatro años esta Hermandad estrechamente unida a nuestras Fuerzas Armadas, de las que siguen siendo continuación y disciplinada hueste. Nuestro reencuentro ha sido feliz. Seguimos hablando el mismo lenguaje. El lenguaje de la Patria en su más ancha acepción, en pasado, en presente y en futuro, aunque muchos de ellos desarrollen su vida en otras esferas. He visitado sus locales sociales en cada provincia. Son Salas de Banderas donde se rinde culto a todo cuanto es noble y puro—patriotismo, sacrificio, valor, honradez, compañerismo, abnegación—, y donde los hijos de estos hombres aprenden a amar a su Patria con desinterés y aprenden también a convertirse en apóstoles del espíritu de sus padres. Un espíritu que difunden por universidades, institutos y locales de trabajo, sembrando la buena semilla que algún día fructificará esplendorosa. Aquí tenéis, mi General, a estos muchachos, orgullosos de vuestra presencia, que les da espaldarazo de caballeros de un gran ideal. La única verdadera ambición de esta Hermandad, que cuenta en sus filas con ministros, directores generales, gobernadores civiles, capitanes de empresa, ingenieros, arquitectos, abogados y hombres beneméritos todos por tantos conceptos, es cumplir el servicio que de ella queráis exigir. En los puestos altos y bajos, en los brillantes y en los oscuros, en su vida pública y en su vida privada, aspiran a servir de ejemplo digno de imitación. Conseguirlo plenamente sería su mejor éxito y su mayor satisfacción. Doctrina puramente castrense, como véis, mi General, que si ya la sabían, la arraigaron más durante su paso por nuestras filas.

Termino aquí, pues todos están deseando oír ya vuestra palabra. Pero no quiero hacerlo sin antes dar las gracias por haber arrebatado a vuestro precioso tiempo estas horas dedicadas a convivir con vosotros fieles alféreces provisionales y sin per-

mitirme expresaros clamorosamente nuestra lealtad y nuestra gratitud, gritando, y todos conmigo: ¡Viva nuestro Generalísimo! ¡Viva España!"

Al acabar el discurso y la ovación que lo rubricó, el Caudillo expresó el deseo de estar lo más cerca posible de la masa de alféreces que comenzaba al pie mismo de la tribuna, y ordenó que se adelantaran los micrófonos hasta el borde de aquélla. Y en medio de extraordinaria expectación, el Generalísimo pronunció el discurso que publicamos al comienzo de esta información. Cuando acabó de hablar se renovaron los gritos de adhesión y fervor al Generalísimo, quien saludaba emocionado. Luego, la masa compacta de alféreces cantó el himno de Infantería, terminado el cual, y siempre entre el fervor de la muchedumbre, el Jefe del Estado abandonó el Cerro de Garabitas.

COMIDA DE HERMANDAD

Más tarde, los concentrados, se reunieron en fraternal comida, confeccionada y servida por los alumnos de la Escuela Superior Nacional de Hostelería.

El ambiente que imperó en ella fue de gran cordialidad.

EL HIMNO DE LA ACADEMIA DE INFANTERIA

Bodas de plata de los alféreces provisionales en Garabitas. Veinticinco años de la mejor historia nacional. Ofrenda de los Alféreces provisionales al Caudillo, que tantas veces condujo nuestras armas a la victoria en la lucha contra el comunismo y contra los eternos enemigos de España.

Discurso magistral del Caudillo, pleno de fe en la grandeza patria, trazando con precisión y claridad el momento de España cuando, una vez más, los enemigos eternos de su grandeza pretenden, con absoluta ignorancia de nuestra realidad, entorpecer el camino victorioso de una evolución comenzada el 18 de julio de 1936 y jalonada por tantas y tantas realidades, que son otros tantos ejemplos para un mundo que se encuentra en el punto muerto de una transformación que no puede eludir en forma alguna.

Al término del discurso de Franco, la masa impresionante—por su número y por su fe—de los alféreces provisionales venidos de todas las provincias de España y el Caudillo mismo han cantado el himno de la Academia de Infantería, que hizo revivir en

todos recuerdos de gloria, de sacrificios, de deberes cumplidos, de generosas entregas sobre las que se ha cimentado la fe inmovible de España en los principios que determinaron el 18 de julio y en el gobernante que ha cubierto victoriosamente las etapas de la guerra, de la posguerra y de la honda evolución económica, social y política de nuestra Patria.

¡Cuántos recuerdos ha remozado ese himno, que no es sólo el himno de la Infantería, sino de todas las fuerzas armadas e incluso himno nacional del espíritu de esa grande y noble empresa de España!

Entre esas sentidas evocaciones, hondísimos y emocionados recuerdos, tal vez adquiera su máxima significación aquella fecha de julio de 1936—faltaban muy pocos días para el Alzamiento—en la que ese himno se cantara como una afirmación del noble propósito de darlo todo para que España se salvara.

Era en Marruecos, en el Llano Amarillo de Ketama. Se habían celebrado unas maniobras militares que habían reunido allí—no sin evidente preocupación para el agostante Gobierno del frente popular—a las unidades de todas las regiones de nuestra Zona de Protectorado y de las Plazas de Soberanía españolas.

Al atardecer se han reunido todos los oficiales, y con unción religiosa han cantado el himno de la Academia de Infantería. Se ha dicho, justamente, que aquel himno significó la plena conciencia del peligro en que se encontraba la Patria y el juramento solemne de ofrendarlo todo para salvarla, dando la batalla al comunismo, que ya había hecho presa en órganos fundamentales de la vida de España.

Grande, en efecto, fue la significación de aquel acto, pero ahora, en Garabitas, cuando han transcurrido ya veintiséis años, adquiere relieve más acusado todavía.

Porque la situación de España no era en aquellos días clara, ni el peligro que corría la Patria era fácil de salvar. El peligro comunista era efectivo, la movilización contra España de las fuerzas internacionales que habían sido—en el curso de los siglos—nuestros eternos y encarnizados enemigos, también. Aquellos oficiales reunidos en Ketama en acto de fe tenían conciencia plena de que España sólo se salvaría con la entrega generosa de todos.

De aquellos oficiales que cantaron en Ketama el himno de la Academia de Infantería, muchos murieron heroicamente; otros fueron figuras señeras de nuestra gloriosa Cruzada...; todos, sin excepción, fueron fieles a su juramento. Hoy podemos mirarlos como símbolo de aquella fe de los españoles absolutamente decididos a salvar a la Patria.

Ahora, en Garabitas, ese himno de la Academia de Infantería que cantaron los alféreces provisionales en nombre propio y en el de los que murieron heroicamente para legarnos una línea clara de deber, y que cantó con ellos el Caudillo, el capitán victorioso de nuestra gloriosa Cruzada, parecía la renovación de aquel juramento.

Son muy distintas—es cierto—las circunstancias. La victoria de Franco sobre el comunismo; su fe en el período difícil de la posguerra; la claridad con que hoy se ve lo justo de su orientación; la honda revolución social, económica y política de España en el cuadro de su tradicional y hondo sentido cristiano; las generaciones formadas en esa mística de no dejarnos arrebatar el tesoro de nuestra tradición y de nuestra grandeza, constituyen hoy una barrera infranqueable para los enemigos de España.

Unos enemigos a quienes convendría meditar sobre esa realidad, tantas veces hecha carne, victoria y heroísmo, de nuestra Cruzada, de unos españoles que por ver a España "temida y honrada, contentos tus hijos irán a la muerte".

VOZ ALERTA DE GARABITAS

Han pasado veinticinco años y siguen siendo alféreces provisionales. Hombres ya maduros, en su mayoría padres de familia, con el lote correspondiente de teoremas, aficciones y experiencia que la vida distribuye entre todos los mortales; veteranos de la guerra, con cicatrices en el cuerpo y en el espíritu; supervivientes de unas promociones a las que el destino dividió en partes iguales, negándole a una mitad la visión victoriosa de la contienda, aunque no pudo quitarle el presentimiento del triunfo. Un cuarto de siglo después siguen llamándose alféreces y lucen en sus solapas la franja con la estrella de la gloriosa provisionalidad perpetuada con carácter de permanencia con votos solemnes. Varios miles de supervivientes acudieron, muchos acompañados de sus hijos, al cerro de Garabitas, escenario de una de las tormentas de fuego y metralla más terribles de las desencadenadas en la Cruzada.

Acontecimiento emocionante fue el del domingo, por la condición de los convocados y por la presidencia del Jefe, el mismo que los dirigió en las jornadas inciertas y desgarradas de la guerra, firme y seguro como ayer en su puesto de mando.

Se conmemoraba el XXV aniversario de todas las promociones de alféreces provisionales y la entrega al general Franco del carnet número uno de la Hermandad. Y el Caudillo, a aquella muchedumbre de veteranos que un día partieron de medios ajenos a cuanto significaba milicia y terminaron por ascender a las más ásperas cumbres de la vida del soldado en su condición de guardianes de la Victoria, como en varias ocasiones les ha definido, "que montan la centinela de la Patria en todos sus estadios", les dio el grito de alerta. Porque una vez más el enemigo de todos conocido, cuyos antros están situados más allá de la frontera, trata de infiltrarse y busca la complicidad de quienes pueden alentar todavía impulsos de revancha. Una maniobra más en la larga serie desbaratada en un cuarto de siglo, con la presencia ahora en la confabulación de algún elemento eclesiástico a quien la pasión política oscurece y enturbia su celo. Excesos "que la propia Iglesia corrige, sin que por ello se altere la armonía entre las dos potestades, que conocen perfectamente a sus comunes enemigos".

Lamentable es que en esta ocasión hayan secundado la aviesa maniobra algunas gentes trabajadoras, concededoras de la preocupación del Estado, verdaderamente social, por dar satisfacción a las legítimas aspiraciones laborales, en cuya consecución ha avanzado más que en ningún otro Estado, pero al que no se le puede coaccionar y exigir sin menoscabo de su propio ser y autoridad el quebrantamiento de aquellos principios básicos para el progreso y desarrollo del país, sin los cuales no se concibe organización económica digna de este nombre.

Muy chocante resulta el planteamiento de las cuestiones, con desprecio y preterición de lo legislado, cuando la vida nacional ha entrado en período de reactivación y se han negociado o están en trámite centenares de convenios colectivos y en estudio para su inmediata aprobación reglamentaciones de trabajo que afectan a todas las ramas de la actividad laboral. Estos hechos no son ignorados por aquellos a quienes directamente les favorecen. La perturbación se produce

sin previa advertencia, a sabiendas de que predomina en gobernantes y empresas un espíritu decidido, mejor diríamos sistemáticamente conciliador y favorable a las mejoras, de lo cual existen pruebas categóricas, porque es innegable que aunque les cueste reconocerlo a nuestros adversarios, "nos hemos adelantado en muchos años a la evolución del mundo", y los progresos están materializados en obras de las que se beneficia toda la clase productora: en su educación, en su formación profesional, en sus enfermedades, en sus ocios, en sus aficciones, en su invalidez, en su ancianidad y en los momentos culminantes de su vida.

Este espíritu social irrita y subleva a los folicularios de hojas clandestinas o voceros de las radios comunistas, domesticados para propagar que los trabajadores españoles viven esclavizados, hambrientos y miserables, abandonados por el poder público y explotados por las empresas, a los cuales se les incita a la subversión, para desbaratar nuestras estructuras, inutilizar los planes de resurgimiento y desarrollo, prometiéndoles, como hace veinticinco años, la felicidad, previo el aniquilamiento y desorden de la producción, la ruina de las industrias y el paro, porque el catastrófico es el único camino por el que puede marchar el comunismo, que ya ha declarado oficialmente "no vacilará en asumir la iniciativa y la dirección de la lucha para derribar el régimen y salvar la paz".

El general Franco, que tantas veces ha acreditado sus dotes de vigía y de guía, dio la voz de alerta a los alféreces provisionales congregados en Garabitas, para que resonara y la oyeran todos los españoles. La actual ofensiva, "una más de las que desde fuera se lanzan periódicamente contra nuestra patria", acabará como han terminado todas, rota su furia en los acantilados de la razón y de la fortaleza española. "Nada más tranquilizador—dijo Franco—que contemplar el espíritu y la fidelidad de los alféreces provisionales."